

ofrézcalas á Dios padre como su divino hijo le ofreció las suyas: pídale que como verdadero médico de las almas se digne de comunicar á sus oyentes los remedios saludables del Evangelio segun su necesidad que sabe perfectamente; y suplique á este caritativo médico que se sirva multiplicar en sus manos para alimento de sus oyentes el pan de la divina palabra que en su indigencia acaba de repartir á los pueblos desde el púlpito. Expóngale que sin la bendicion celestial ni el que planta ni el que riega son capaces de producir algunos frutos; y que al contrario la predicacion tornará en perjuicio del orador del mismo modo que un médico daña á su enfermo cuando le administra medicamentos mal preparados por ignorancia ó negligencia.

Hacia el fin de la meditacion ha de considerar cuánto dolor siente Dios ofendido por el pecado, y de qué zelo debe estar él animado para hallarse pronto á morir, ya por amor de Dios, ya por la salud de las almas encomendadas á su cuidado.

Si conoce que ha adelantado algo en esto, es una prueba de que su meditacion ha producido en él el mismo efecto que produjo en el apostol san Juan el libro misterioso de que habla en su Apocalipsis, que le causó grande amargura en las entrañas, aunque en su boca fue dulce como la miel. Sepa pues que cuantas mas lágrimas vierta, mas hará gustar á sus oyentes el amargor de la mirra, es decir, la severidad de la doctrina evangélica. Por fin Dios iluminará su inteligencia con un rayo de luz divina, segun está escrito (Salmo CXVIII, v. 130): *Declaratio sermonum tuorum illuminat, et intellectum dat parvulis*. Pero es necesario que reciba esta luz sagrada con humildad y accion de gracias, y reconozca que es un puro don de la bondad de Dios, y que él no lo merece de ninguna manera. Si no recibiere otro fruto de su meditacion que aprender

á humillarse, contétese con esto acordándose que es una gracia y un don de Dios, y persuadase que si hace buen uso de ello recibirá cosas mayores.

No olvide ademas que un maestro no da ordinariamente nuevas lecciones á sus discípulos sin que sepan bien la primera. Esta primera leccion que Dios quiere que aprendamos, es la humildad, fundamento de todas las virtudes. Si el predicador no sintiendo ningun efecto de la meditacion en sí mismo sabe humillarse entonces á vista de su miseria, sacará no liviana utilidad.

CAPITULO IV.

DE LA DISPOSICION DEL DISCURSO.

Es necesario que el predicador coordine las cosas que haya leído y meditado. No es decible cuánto ayudan á la memoria el orden y la disposicion; porque en vano el predicador amontona muchos materiales y lleva al púlpito un rico conjunto de conocimientos diversos: si todo esto está en bruto, mal digerido y sin orden, no podrá explicarse sino confusamente, y lejos de ser útil á sus oyentes les causará tedio. Los unos no le entenderán: los otros no retendrán lo que haya dicho; y las verdades cristianas presentadas sin orden ni discernimiento no tendrán la fuerza de persuadir y mover los corazones.

Dios en la creacion del universo y un arquitecto en la construccion de un edificio nos enseñan la necesidad de proceder con orden para hacer que el Espíritu Santo baje al corazon de los fieles por medio de la predicacion.

Dios crió primero (asi se cree) la materia primera sin ninguna forma: despues hizo la luz y la tierra y las otras cosas que son los ornamentos de la materia

y le dan brillo, y puso cada cosa en su lugar antes de criar al hombre. Asi creo yo que debe proceder el predicador. Primeramente ha de elegir el asunto, y luego ha de trazar un plan haciendo entrar en él una idea general de las instrucciones que quiere dar y de las cosas que quiere persuadir: ha de buscar lo que han enseñado sobre este objeto los santos padres: ha de meditar el Evangelio y después colocar cada cosa en su lugar y ponerlo todo en buen orden, de modo que cada una de las partes se encamine al fin comun y vaya dirigida con sabiduria é inteligencia.

Para esto tenga á la mano buen número de lugares comunes que le suministren la abundancia de las máximas, el peso de las autoridades, la fuerza de las pruebas, los tropos y figuras, los ejemplos de la sagrada escritura, las historias y las comparaciones. Hay muchas obras en que estan reunidos estos lugares comunes; pero aprovechará mucho mas al predicador formar por sí una coleccion que sea el fruto de sus tareas y vigiliás. Cuide sin embargo de no salir de la materia, y sepa que las cosas mas agradables y útiles cuando están en su lugar, dejan de agradar y causar impresion si se presentan inoportunamente.

Los pasajes de los profetas bien desenvueltos sirven mucho para instruir, excitan la admiracion y producen mucho fruto, sobre todo cuando los autores sagrados nos pintan á Dios entrando en cuentas con los hombres y reprendiéndoles sus crímenes. Las profecías especialmente que vemos cumplidas en la ley de gracia, mueven sobremanera al auditorio.

Será bueno de cuando en cuando explicar el Evangelio del dia por orden y cada texto sucesivamente, cuidando que resalten de todas partes lecciones de moral, porque todo el trabajo del orador cristiano debe referirse principalmente á la práctica de las virtudes.

Otras veces despues de parafrasear el Evangelio será bueno elegir un texto ó una máxima, que expuesto con claridad dé abundante materia á la instruccion de los oyentes.

Por lo demas en esta clase de instrucciones puede haber tantos géneros diferentes como entendimientos y personas, porque no solamente lo que agrada á unos suele desagradar á otros, sino que tambien muchas veces aprobamos un dia lo que desaprobamos al siguiente, de suerte que lo que nos agrada al tiempo de la composicion, lo desechamos despues. Es prudente escribir los sermones, peligroso no hacerlo y muy util para en adelante el haberlo hecho.

En cuanto al método varía segun las personas: unos no hacen mas que una especie de compendio y se contentan con anotar los puntos principales: otros escriben sus sermones á la larga y no se atreven á hablar en público sin fiar sus discursos al papel para decorarlos íntegros; lo cual es muy trabajoso, y lo practican mas bien los tímidos principiantes que los que ya tienen alguna experiencia en el ministerio de la palabra. En efecto me parece que atarse así á las expresiones es entorpecer la fuerza del discurso y atajar su fuego y vehemencia, y que el predicador que se sujeta de este modo reprende los vicios con menos libertad y valentia, y habla con menos vigor, porque no puede seguir los movimientos que le inspira el espíritu de Dios al tiempo del sermón, y que son muchas veces capaces de mover y mas acomodados á las disposiciones actuales de los oyentes. Otros (y yo apruebo este método) guardan un medio entre estos dos géneros, y reducen metódica y compendiosamente á una sola página el asunto sobre que deben predicar, añadiendo tal vez las palabras mas propias para expresar sus pensamientos, y disponiéndolo todo con orden: así tienen campo mas libre para

desenvolver las partes del discurso cuando se presente la ocasion y dar vuelo á la fuerza de la elocuencia y al calor de un discurso vivo y animado, donde todo mana de su origen, y que no entibiándose por los esfuerzos de la memoria es mucho mas á propósito para hacer mella en los oyentes. En mi dictámen este es el método mas seguro y usado. No se han de emplear frases, ni expresiones, ni modos de hablar que huelan á afectacion y sean demasiado estudiados, porque este exceso de cultura del lenguaje seca la devocion del predicador y del oyente; mas tambien ha de huirse de un lenguaje descuidado, trivial, tosco, bárbaro y anticuado. Cuidese pues de castigar el estilo de manera que ningun inteligente halle nada que reprender.

Despues de escrito el sermon se ha de repetir algunas veces no solo para grabarle en la memoria, sino para arreglar la accion, el tono de la voz y todo el porte exterior antes de presentarse en público, sobre todo si no poseemos la facultad natural ó adquirida por el arte de predicar con gracia, y no tenemos costumbre de subir al púlpito.

Algunos para ayudar la memoria se sirven de signos ó imágenes, de que ciertas personas han compuesto una ciencia llamada memoria artificial, y que se supone ser para uso de los oradores; pero yo he visto muchas veces que el número de estos signos lejos de aliviar la memoria no hace mas que confundirla. Conviene pues tambien seguir en esto un justo medio y hacer á la margen del cuaderno en seis ú ocho parajes principales algunas señales, como por ejemplo cruces, letras ó números, de suerte que si como suele acontecer se olvidan las cosas que se habian aprendido, ó se turba uno durante el sermon, pueda recurrir á aquellas señales, como se echan anclas en el mar para evitar que el baje sea juguete de los vientos.

El tiempo mas favorable para aprender un discurso es la víspera por la noche antes de entregarnos al descanso y de tomar el sueño necesarios para que al despertar nos ocurran inmediatamente las ideas impresas en nuestro entendimiento. Es preciso que al levantarnos pidamos á la memoria lo que no habiamos hecho mas que fiarle, por decirlo asi, el dia antes.

El predicador podrá tambien tomar por asunto de la oracion de la mañana la materia misma de su discurso para persuadirse de las verdades que trate de persuadir á sus oyentes, porque nunca atrae el orador con mas facilidad estos á sus sentimientos que cuando él está íntimamente penetrado de los mismos.

No menos cuidado se ha de poner en lo que se ha de callar que en lo que se ha de decir. Asi cuando se trata de una cosa controvertida y de alguna importancia, no tenga la imprudencia de contradecir las doctrinas de la teología escolástica. Si como puede acontecer soltase sin reflexion algunas palabras ó proposiciones poco exactas en los términos y que puedan echarse á mala parte; al punto antes de pasar mas adelante es menester que explique con claridad en qué sentido las entiende, no sea que los fieles se disgusten y escandalicen figurándose que el predicador tiene malos sentimientos en materia de religion (1); porque el real pro-

(1) Me parece que hay otro inconveniente mas comun, y es engañar á oyentes poco instruidos, los cuales oyendo la proposicion en un sentido falso y persuadidos que todo lo que dice el predicador es verdad, concebirían ideas falsas sobre lo que toca á la doctrina católica, de modo que el predicador en vez de iluminarlos los dejaria ciegos. Este sin duda es un motivo poderosísimo para seguir el consejo que da aqui S. Francisco de Borja; á saber, que se explique al punto lo que se ha querido decir.

feta dijo hablando de la palabra de Dios: *Eloquia Domini eloquia casta.*

CAPITULO V.

DE LA PREPARACION PRÓXIMA PARA LA PREDICACION.

Una madre para criar á su hijo con su propia leche empieza por nutrirse á sí misma, y tiene un cuidado particular de su salud; y cuando empieza á dar un alimento sólido á su hijo, antes le desmenuza ella con sus dientes. Así obra un ministro zeloso de Jesucristo lleno de amor hácia los cristianos, que son para él como niños que necesitan un alimento espiritual, y le masca primero, por decirlo así, antes de repartirsele.

Celebre pues el predicador el santo sacrificio con devocion, ore, ayune, vele, llore, castigue su cuerpo, dómele por la mortificacion, y sujétele al espíritu. Así logrará echar de tanta multitud de personas los pecados que se han apoderado de ellas como otros tantos demonios; porque como dijo el mismo Jesucristo, esta clase de demonios no se echan sino por la oracion y el ayuno: *Hoc genus dæmoniorum non ejicitur nisi per orationem et jejunium* (S. Mateo, cap. XVII, v. 28). Es-tando nuestro Señor á punto de dejar la tierra decia á su padre: Padre santo, guardalos en tu nombre. Y no te pido solamente por ellos, sino por los que han de creer en mí por la palabra de ellos: *Pater sancte, serva eos in nomine tuo. Non pro eis autem rogo tantum sed pro eis qui credituri sunt per verbum eorum in me* (S. Juan, cap. XVII, v. 13 y 20).

Estas palabras son como unas cartas de recomendacion que nos dejó Jesucristo al volver á su padre: sirvamonos de ellas, recordemoslas al padre celestial quien seguramente no puede menos de acogerlas con bondad,

y unámonos con confianza á Jesucristo que rogaba por aquellos á quienes vamos á dirigir la divina palabra.

Implore tambien el predicador con instancia el auxilio de los santos ángeles y pida á los serafines su amor, á los querubines su ciencia y sus luces y á todos los demas coros una parte de los dones particulares que Dios les ha dado; pero sobre todo pida á los ángeles custodios de sus oyentes licencia para enseñar á los que estan encomendados á su cuidado. Ruboricese de atreverse así á enseñar á unas personas á quienes Dios ha dado tales maestros y tales custodios. ¡Oh! si la diligencia de estos buenos ángeles ha sido infructuosa con ellos, ¿cómo podeis esperar que les aproveche la vuestra no teniendo experiencia y siendo un miserable pecador? Pedidles pues que se sirvan suplir con sus santas inspiraciones lo que falte á vuestras instrucciones por vuestra incapacidad é ignorancia.

Finalmente para que no merezcáis oír de boca de vuestro mismo angel de la guarda estas palabras: *Medice, cura te ipsum*; observad la ley que predicáis á los pueblos, y haced primero lo que recomendáis á los demas. Así vuestros discursos serán utilísimos para la salud de vuestra alma.

Poned pues todo vuestro conato en desempeñar el cargo de un buen preceptor que observa los preceptos que da. Esto hemos aprendido de Jesucristo, el doctor bajado del cielo, del cual se dice que empezó á practicar y luego á enseñar.

Cuando queráis recomendar mas especialmente la práctica de alguna virtud, implorad antes el auxilio particular de un santo que haya sobresalido en ella durante su vida: así si habláis de la paciencia, encomendaos al santo Job; si tratáis de la penitencia, invocad á santa María Magdalena; si de la castidad, recurrid á S. José; y si la caridad es la materia de

vuestro discurso, dirigíos al discípulo amado de Jesús: porque sus méritos é intercesion para con Dios son muy eficaces para alcanzar las virtudes de que nos dejaron tan grandes ejemplos. Recurrid pues á ellos para que Dios en su misericordia haga que el pueblo que os escucha, no solamente entienda, sino practique la divina palabra.

Mas como la vanidad asalta de ordinario á los predicadores y logra con demasiada frecuencia introducirse en su alma, sobre todo si acude gran concurso á oírlos; es menester que el ministro se provea de las armas necesarias y que combata fuertemente á este enemigo, que semejante á la víbora destila un veneno sutil capaz de corromper el corazon mas sano y la sangre mas pura: pues hé aqui por qué medios podreis defenderos de él. Antes de subir al púlpito penetraos de vergüenza y confusion, como si fuerais á desaprobá vuestra conducta pasada y retractar todo lo que habeis dicho hasta entonces. En efecto bien examinada la cosa ¿no haceis una retractacion cuando alabais la virtud y la recomendais á los fieles? ¿No desaprobais entonces las acciones criminales que cometisteis en el tiempo en que ofendiais á Dios con tanta frecuencia? Sea pues el predicador acusador y juez de sí mismo y de sus obras, y sea tambien elregonero que publique la sentencia, y el ministro que la ejecute. Despues de esto ¡ó ceniza infeliz! ¿cómo podrias ensoberbecerte en el instante mismo en que retractas públicamente tus extravíos pasados? ¿Y tomarias motivo de gloriarte cuando tú mismo condenas tu antigua vida?

En los tres dias que precedan á la predicacion, procurad encomendaros especialmente á cada una de las tres personas de la Santísima Trinidad. El primer dia encomendad vuestra memoria á Dios padre y pedidle tambien que grabe vuestras instrucciones en la memo-

ria de vuestros oyentes. El segundo encomendad vuestro entendimiento al hijo de Dios, y suplicadle que ilumine á vuestros oyentes con sus divinas luces. El tercero consagra vuestra voluntad al Espíritu Santo, y rogadle que illustre é inflame la voluntad de vuestros oyentes. Esta práctica es muy santa, y los que sean fieles á ella no tardarán en sentir sus dichosos efectos.

Si como suele acontecer la memoria retiene con dificultad lo que se le quiere fiar, dirigíos al padre celestial: si teneis que explicar algun pasaje difícil, y quereis desentrañar algun secreto de la sagrada escritura, recurrid al Hijo: por último cuando os sintais árido y sin devocion, suplicad al Espíritu Santo que encienda el fuego de su amor en vuestro corazon. De esta manera consagradas á Dios todas las potencias de vuestra alma vendrán á ser en vuestras manos unos instrumentos mucho mas propios para publicar las alabanzas y procurar la gloria del Señor.

CAPITULO VI.

DE LA PREPARACION INMEDIATA PARA PREDICAR.

El predicador estando á punto de subir al púlpito debe pensar especialmente en la pureza de su alma, examinar si sus intenciones son rectas y si su conciencia se halla en buen estado, recordar la cuenta rigurosa que dará del sermón que va á predicar, y trasladarse en espíritu al tribunal en que el Dios de justicia le comunicará un dia su sentencia. Es pues prudente que el que va á predicar modifique su conciencia por medio de la contricion como si fuera á morir, y en efecto debe estar pronto á hacerlo en defensa de las verdades que va á predicar.

Acuerdese pues que Jesucristo, hijo de Dios, subió á la cruz como á una cátedra para recibir la muerte, y que el apostol S. Andres predicó desde su cruz, la colmó de alabanzas y exhaló en ella el último suspiro (1). Asi el verdadero predicador de Jesucristo crucificado debe subir al púlpito en disposicion de padecer todo género de tormentos y aun desear morir en testimonio y defensa de la palabra divina que anuncia, y de la iglesia católica romana nuestra madre y maestra.

Considerese tambien como un instrumento, una máquina de guerra de que Dios quiere servirse para destruir y derribar los muros de la soberbia Babilonia, y como la pólvora que es una materia vil, negra y sucia que mancha los dedos de los que la tocan, y no puede servir sino cuando se le prende fuego. Conozca la necesidad que tiene de que el Espíritu Santo encienda en él el fuego celestial y le inflame, como inflamó el corazon de los apóstoles el dia de Pentecostes. Para conseguir este don precioso, este fuego sobrenatural, esta luz divina rece con humildad y confianza el himno *Veni, creator Spiritus*.

CAPITULO VII.

DEBER DEL PREDICADOR EN EL PÚLPITO.

No se turbe ni se disguste el predicador que subiendo al púlpito ve un reducido auditorio; antes debe extrañar que haya un solo hombre que quiera tener la

(1) Estas circunstancias de la muerte de S. Andres son muy inciertas: estan tomadas de las actas de su martirio, que parecieron sospechosas á Tillemont y otros varios críticos hábiles.

paciencia de escucharle. Considere que aunque sea corto el número de sus oyentes, no por eso tendrá él menos mérito; al contrario ganará el estar menos expuesto á la vanidad.

Figurese entonces á Jesucristo, nuestro soberano maestro enviado del cielo para anunciarnos la palabra divina, y no se avergonzó de predicar delante de algunos discípulos y aun delante de una sola pobre mujer de baja extraccion, y eso á pesar de estar cansadísimo por el largo camino que habia andado á pie.

Esté igualmente pronto á callar en cuanto reciba la señal de su compañero (1), aun cuando no haya acabado la mitad de su discurso, porque vale mas callar por obediencia que decir las cosas mas preciosas sin esta virtud.

Sin embargo será prudente disponer su sermon de modo que no dure mas de una hora: si no el oyente no saca provecho de lo que se dice por la demasiada prolijidad, se cansa y concibe hastío á la divina palabra.

En cuanto á los ademanes y movimientos del cuerpo deben ser acomodados á la persona que habla, á su clase y dignidad y proporcionados al asunto que se trate. Cuide el predicador de ser moderado en los ademanes por no parecerse á un actor de teatro; pero tampoco esté inmovil, de manera que parezca una estatua en el púlpito. Acuérdesse que la accion y la pronunciacion son lo principal del orador y como el alma del discurso segun testimonio de Demóstenes: asi deben ser vivas; pero al mismo tiempo arregladas y modestas. Es menester que el ademan sea como una segunda espe-

(1) Esto se refiere á una costumbre particular de los jesuitas.